

B. N. C. sala de prensa 1º

1, 253

tres millones de almas, y posee el mas rico territorio, con costas en uno y otro mar, y cuenta con instituciones que protegen su libertad, su iniciativa y su trabajo, nada debe arredrarlo ni desalentarlo en sus esfuerzos por alcanzar uno de los mejores puestos en la escuela del mundo. Congratulámonos, pues, ciudadanos del Congreso, por tan feliz perspectiva, y alentemos y realicemos las esperanzas de la Nacion.

- Bogotá, 1.º de febrero de 1874.
- M. Murillo.
- El Secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores, Gil Colunje.
- El Secretario de Hacienda y Fomento, Aquileo Parra.
- El Secretario del Tesoro y Crédito nacional, Felipe Perez.
- El Secretario de Guerra y Marina, Eduardo Rivas.

El Tradicionista.
BOGOTÁ, 3 DE FEBRERO DE 1874.
PROFESION LUCRATIVA.

En épocas anteriores a la presente, el que nacia en nuestra patria desheredado de bienes de fortuna, y sentia luego la necesidad ó la noble ambicion de formarse una posicion respetable y lucrativa en la sociedad, ocurría a los claustros universitarios a cursar en las facultades de derecho ó de medicina; ó bien, si para ello sentia vocacion, optaba por la más noble aunque más difícil carrera eclesiástica.

Al principio tales profesiones, principalmente las dos primeras, brindaban a sus aficionados con rentas nada despreciables y con honores más halagüeños aun para los jóvenes de corazon y sentimiento.

Mas presto la competencia hubo de hacer bajar el precio de los honorarios de médicos y abogados; y tras ello se vino el amenguamiento del honor que tales carreras reportaban; sobre todo desde que la jurisprudencia dejó de ser una ciencia para convertirse en un arte mezquino y rutinario en el que el hombre honrado, inteligente y estudioso no puede cobrar ventaja sobre el ignorante ó corrompido, y desde que la medicina vino a avillanarse por la supresion de los estudios y grados universitarios, perdiendo así ella su prestigio y la sociedad la garantía que en materia tan delicada necesita.

Hoy para cada cura hay cincuenta médicos, ó que por lo menos reciben, y para cada proceso cien leguleyos. De su peso aparece, pues, que la fortuna no podrá ser pródiga de sus favores a quienes por estos lados la llamen.

¿Qué hacer, pues, un joven que carece de capital para trabajar en el comercio ó en la agricultura, y que por idéntica razon no puede consagrar largos años a estudios que se sabe no lograrán sacar a nadie de la miseria?

A esta necesidad imperiosa se ha ocurrido en los últimos años por nuestro paternal gobierno liberal, creando una nueva profesion, que ni exige trabajo para ser maestro en ella, ni trata a sus devotos con el rigor que gastan las otras: la IMPIEDAD.

Y no se vaya a creer que hablamos de burlas. Antes, en Colombia, se era impío por malos estudios, por espíritu de independencia, tal vez por nobles aunque desarregladas pasiones; hoy los mas de los jóvenes que tal camino toman, lo hacen simplemente por negocio! El que no puede ser comerciante, ni hacendado, ni empresario, ni se resuelve a llevar una vida laboriosa y oscura, se mete a impío. La impiedad ha venido a ser, pues, entre nosotros una verdadera prostitucion.

Ah! esto es vergonzoso de decir, pero hay que decirlo, primero para calmar los alarmas de muchas gentes que dan demasiada importancia a las manifestaciones irreligiosas de ciertos jóvenes, y segundo para llamar la atencion a la verdadera causa del mal.

Convengámonos ante todo de que son inútiles, completamente inútiles, la razon, la lógica, la erudicion si se ensayan contra la nueva falange de jóvenes liberales para sacarlos de sus errores. Todo encalla forzosamente ante la necesidad de la propia conservacion, que ellos considerarían comprometida con el hecho de volver a sus antiguas creencias.

El grande argumento que hemos oido hacer siempre a los jóvenes ántes conservadores y católicos, que hacen hoy gala de impiedad, para

voltearse al bando del presupuesto, es que ellos no tenían que prometerse de su partido, que nada tiene que dar y menos para los jóvenes. La misma, idéntica razon que asiste a un comerciante para suspender los pedidos de un artículo que deja de venderse en la plaza. Eso de verse a un joven comulgando un dia muy devotamente, y a los ocho no cumplidos echando tajos y reveses en algun periódico contra los dogmas católicos, y cuatro dias despues muy majo y con destino, es cosa que por sobrado comun no llama ya la atencion.

Semejante género de impiedad, lo decimos francamente, no nos inquieta mucho, porque estamos seguros de que si el partido conservador volviera a dominar en la República y se creyera que el mejor modo de granjearse destinos era el de hacer públicas manifestaciones de piedad, veriamos a los mismos que hoy blasfeman de lo para nosotros más sacrosanto, no salir de las iglesias y disputar a los monacillos la honra de ayudar a misa y de cargar el incensario.

Tristeza, profunda tristeza es la que se pone en nuestro corazon al contemplar el espectáculo que hoy ofrece gran parte de nuestra juventud. Ella que hasta hoy se habia hecho siempre notable en este suelo por su generosidad, por su desinterés, por su espíritu de independencia; ella que en épocas no muy lejanas, creyendo un dia comprometida la libertad de la patria, tuvo el criminal pero grande arrojo de levantar un puñal contra el Libertador de Colombia; esa juventud, heredera de Ricaúrte y de Girardot, se ve hoy humillada, envilecida, vendiendo sus creencias en pública almoneda por una miserable soldada. No tiene para los hombres del poder sino lisonja y bajeza; insultos groseros para los que rinden culto a una idea y no a una orden de pago; indiferencia por todo lo grande y generoso, por todo lo que requiera sentimiento y sacrificio.

«¿Cómo pensar, generacion menguada, que en pocos lustros descendieras tanto!»

29

BLO. aparte: las juego a la baraja contra cinco botellas de kirschenwasser, con tal que V. tenga uno tan bueno como éste.

—Acepto; pero aquí no hay cartas y esto realmente me contraria.

—Wilhelm entró en este momento. Estaba mas abatido que ántes.

—Mi hermano padece mucho, señores; díganme V.¿s qué debo hacer para aliviarlo.

—Señor Wilhelm, dijo uno de los médicos, despues de examinar atentamente el caso y auxiliados por la luz que da la ciencia y una larga práctica, hemos decidido que es necesario hacerle beber al enfermo una infusion de cicoria.

—A la cual, dijo el otro médico, echará V. tres gotas de láudano.

—Lo aliviará eso.

—Tú tambien, Wilhelm, has velado y debes estar abrumado de fatiga, dijo Ricardo tratando de ahogar un grito de dolor.

—Los ayes de este desgraciado no llegan hasta Dios, dijo Wilhelm entre sí, ni los votos de mi corazon. No tengo fuerzas para sufrir mas, ni menos las tengo para verio padecer tanto. Qué haré? He hecho encender cirios en la iglesia, en la misa de cada dia; los médicos todos, diez leguas en contorno, lo han venido a ver y hace tres semanas que está ahí en su cama sin poder dormir!; Es, pues, Dios nuestro padre?

—Ricardo, presa de atroces dolores, no tenia sosiego y Wilhelm creyó entonces que se le venía a la cabeza una dea maravillosa.

—Espera, Ricardo mio; espera una hora no mas, y si no te traigo un remedio, te daré muerte, se la daré a tu mujer y me la daré a mi

Lo que él no quiere concederme se lo voy a pedir al diablo; a él llavoco puesto que Dios me abandona.

En ese momento lució a sus ojos un relámpago; le sucedió un trueno espantoso, y Wilhelm creyó que iba a ser castigado inmediatamente por sus blasfemias, pero su barca pasó por el remolino a pesar del viento y los escuñios. ¿Si Dios, decía el desalentado Wilhelm, no hace caso de nuestras súplicas, por qué ha de hacer caso de nuestras blasfemias? Puede socorrernos el Diablo; invocándolo he pasado el Bingerloch, en donde otros han perecido invocando a Dios, sin mas artes que la de entregarme a la corriente.

—Sabido es en esta tierra que Enrique (asi decía Wilhelm), que fué a establecerse a Maguncia, no llegó a ser rico sino dando su alma al Diablo en la encrucijada del bosque. No

exclamaremos nosotros con el propio doloroso acento del cantor de Rios Rosas.

Y por lo mismo que tan triste impresion hacen en nuestra alma las compradas blasfemias de ciertas gentes, ¡cuánto no se dilata gratamente el corazon al ver tantos jóvenes de mérito positivo, de sólida ciencia, de lucidos talentos, que han preferido la oscuridad, la miseria muchas veces y todo género de humillaciones, ántes que doblar la rodilla y quemar incienso ante los ídolos gentílicos! Ellos profesan con nuestro gran dramático Calderon el principio de que

«— el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma sólo es de Dios.»

Dia llegará en que esas almas, aquilatadas por el infortunio, probadas en larga y silenciosa lucha contra los demonios tentadores de la codicia y de la ambicion, revelen todo lo que son capaces de hacer en beneficio de la Patria. Mientras tanto por via de estímulo repetiremos para ellas las palabras del Salmista :

“Portaos varonilmente y confórtese el corazon de todos vosotros los que esperais en el Señor.”

Pero si quienes venden su alma por dinero y quienes por dinero se resuelven á llevar la amargura y la vergüenza al seno de sus familias, nos inspiran desprecio, que no temor, otro es el sentimiento que experimentamos respecto de aquellos que abusando de la miseria, de la candidez y aborascando las malas pasiones de ciertos jóvenes, trafican con sus conciencias y compran por vil precio lo que ha costado las lágrimas, desvelos y fatigas de tantas madres piadosas.

Tan bajo é indigno mercado es ejercido aquí por el Gobierno, que hace servir para ello nuestras contribuciones, en vez de destinarlas á la seguridad y progreso de la Nacion. Cada dia se crean nuevos destinos, no para que el servicio público mejore, sino para pagar los insultos que se dirigen á nuestras creencias. Cobarde procedimiento, al que solo re-

curren los que temen un combate leal y franco. Triste suerte la de una sociedad en que la calunnia y la impiedad han venido á ser recursos para vivir!

Y este mal no cesará mientras la fe y los sentimientos de dignidad no se enrobustezcan entre nosotros y mientras el pais no salga de la miseria en que hoy se consume. Venga, por tanto, inmigracion europea, vengan caminos, vengan máquinas, venga todo lo que tienda á dar ocupacion lucrativa á nuestros brazos y á nuestros espíritus ociosos. ¡Qué diferente espectáculo el que ofrece un pueblo sobrio y laborioso, que bendice á Dios por el bienestar que él dispensa á quienes cumplen, la ley del trabajo, de un pueblo esclavizado y abyecto en donde la ociosidad es virtud, y donde la inteligencia, en vez de ocuparse en estudiar las maravillas de la creacion para utilizarlas, se emplea en blasfemar de Dios para ganar el pan de cada dia!

“No me des, dice el *Libro de los Proverbios*, ni la mendicidad ni las riquezas: dame solo lo necesario para mi sustento, no sea que hallándome harto me vea tentado á negarte y diga: Quién es el Señor? o compelido de la necesidad me *eche á hurtar y perjure del nombre de mi Dios.*”

¡Cómo se conoce que la humanidad ha sido en todos tiempos la misma!

30/

MADAMA DE STAEL.

(Traducido del *Catholic World* para *El Tradicionista.*)

(Conclusion.)

José Bonaparte y el general Tunat habian intercedido por ella, pero en vano. Madama Staël, exasperada, rehusó el privilegio de vivir en Francia bajo tales condiciones y se resolvió á buscar refugio en Alemania, donde podria «parangonar la nobleza de la antigua dinastía con la insolencia de la nueva, que trataba de pisotear á la Francia.»

Su primera residencia allí fué Weimar, la Atenas alemana de entónces, donde aprendió el alemán con maestros como Goethe, Schiller y Wieland. En 1804 visitó á Berlin, donde fué bondadosamente recibida por el rey y la reina; pero su residencia allí fué corta, pues tuvo que volar al lecho de muerte de su padre,

llegando demasiado tarde para abrazarle. Este fué un golpe terrible; trató de mitigar su rigor recogiendo sus manuscritos para publicarlos, pero su salud, quebrantada por tantas vicisitudes, flaqueó y ella se vió obligada á buscar descanso en Italia. La vista de Roma y de Nápoles despertó en ella nueva vida, y le volvió el poder de escribir, que habia perdido de tiempo atras.

Pero nada podia consolarla de la ausencia de la amada patria. El deseo vehemente de ver la Francia, abatió al fin su orgulloso espíritu y resolvió aprovecharse del privilegio de acercarse hasta cuarenta leguas de Paris; escogió en consecuencia á Ruan por residencia. Esto era en verdad una violacion de los limites permitidos, pero Fouché se hizo de la vista gorda, y la desterrada permaneció tranquila en la residencia de su amigo M. de Castellane, en donde concluyó su *Corina* y corrigió las pruebas en página. La obra apareció en 1807, y despertó calurosos aplausos en toda Europa. Pero la fama era un crimen en quien habia incurrido en la desgracia del Emperador, y la autora recibió en consecuencia orden perentoria de salir de Francia. Quebrantada y abatida volvió á Coppet, á donde la acompañaron algunos fieles amigos que lo desafiaron todo por partir con ella su soledad. Allí continuó ocupándose en su grande obra, la *Alemania*. Sin embargo, como conociese que necesitaba un estudio más atento del pais, resolvió pasar el invierno de 1807 en Viena. Allí fué graciosamente recibida por el Principe de Ligne, la Princesa Lubomirska, y la mayor parte de los personajes distinguidos de la corte; en la primavera regresó á Coppet.

Tan pronto como su libro sobre Alemania estuvo listo para darse á la prensa, Madama Staël se encaminó á Francia, situándose á la distancia prescrita: cuarenta leguas. Escogió para su residencia el viejo castillo de Chaumont, habitado en un tiempo por el Cardenal d'Amboise, Diana de Poitiers y Catalina de Médicis.

Disfrutando por unos pocos dias de la grata compañía de su valiente y querido amigo M. de Montmorency, la perseguida autora recibió la noticia de que 10,000 ejemplares de su nueva obra recién publicada habian sido recogidos por el ministro, á pesar de haber tenido la precaucion de someter las pruebas á la aprobacion de la censura. Esta medida tiránica fué seguida de una orden de salir de Francia en el término de tres dias. Ella pidió un plazo, con la esperanza de poder desembarcar en Inglaterra por medio de un pasaporte alemán; pero el duque Rovigo contestó con una negativa formal. Madama Staël se vengó despues introduciendo la carta del duque en la segunda edicion de la *Alemania*.

De Fossé se trasladó á Coppet. Allí encontró que el prefecto de Ginebra habia recibido órdenes para destruir todas las pruebas ó ejemplares del libro, que pudiese encontrar. Al mismo tiempo insinuó á Madama Staël que ella podria ablandar al tirano aprovechando la oportunidad de escribir una oda en honor del recién nacido «Rey de Roma.» «Lo mas que puedo desear para el infante majestad,» replicó

—Veamos ahora si doy con el lugar de que tanto se me ha hablado.

A la luz de los relámpagos divisó la selva y entró en ella hasta dar en una encrucijada en que se reunen tres caminos.

—Aquí es, dijo, al apoyar su espalda en un árbol.

Erizáronse sus cabellos, y todos sus músculos temblaban. El viento daba sonidos temerosos engolfándose en toda la extension del bosque, y de cuando en cuando una luz azulada inundaba en el alma mas terror. Trató de acordarse de la fórmula que habia servido á Enrique el Rico. Vaciló un momento y despues..... “Vamos! dijo, mi indecision prolonga los padecimientos de mi hermano. Vamos! y venga lo que viniere,» y en alta voz dijo por tres veces: “Mi señor Diablo, os doy ahora y para siempre mi mano izquierda, si devolveis á mi her-

produjo un vómito de sangre. El absceso causa de sus dolores, á consecuencia de este accidente habia reventado, y el enfermo sintió un vehemente deseo de dormir y se arrastró hácia la cama y allí se quedó profundamente dormido.

Al ver Wilhelm á su hermano en la suave quietud del sueño, dijo para sí: “Mi hermano está ya bueno y yo estoy condenado!”

No pudo dormir esa noche el triste Wilhelm; por la mañana vencido de la fatiga durmió un rato, pero se despertó sobresaltado gritando: «Señor y Dios mio, apiádate de mí.» Habia soñado que el Diablo se lo llevaba hasta meterlo en las mas profundas entrañas de la tierra.

Una semana despues, Ricardo estaba ya en su ordinario trabajo, y la dicha y la paz volvieron á la cabaña del pescador. El mismo Wilhelm, que por algun tiempo anduvo som-

do cuando le preguntaban la causa de su devocion. No dormia en una noche tempestuosa y se la pasaba en oraciones y no se atrevia á ver el agujero de Binger, que por dos veces habia pasado invocando el nombre del Diablo.

Ricardo y su mujer (ésta era ya madre de un hijo), no dejaban de inquietarse por la situacion en que veian á Wilhelm; diéronle sus quejas y estas muestras de afecto le devolvian la calma de su espíritu por algun tiempo. Parecia tranquilo y feliz, pero cualquier nuevo accidente le traia á la memoria el recuerdo de la noche fatal en que se habia dado al Diablo.

III.

Vino á distraerlo de estos sombríos pensamientos un sentimiento que llenó todo su corazon. Enamoróse de una niña hermosa de un carácter muy dulce; entregado á su amor olvidó completamente al Diablo y no pensó sino en